

LA MIRADA DEL PASEANTE



Ferragosto en Milán con casi cuarenta grados a la sombra. La vida política italiana bulle alrededor de dos temas candentes: la posible excarcelación del capo de las Brigadas Rojas y el destino de los miles de albaneses que han llegado a Bari.

La joya del milanesado

JOSÉ AGUSTIN GOYTISOLO

EN EL trayecto desde el aeropuerto de Linate hasta Milán me cayó encima, como una inmensa manta húmeda y gris, toda la poderosa maldad del Ferragosto: casi cuarenta grados a la sombra, magnificados por la humedad del Naviglio y los canales. El taxista, el autista, más pálido que un panadero, prendió la radio: hablaba el jefe del Estado italiano, Francesco Cossiga, que acababa de intentar, en vano, convencer a los cinco representantes de los familiares de las víctimas de las Brigadas Rojas, con los que se había reunido a primera hora de la mañana, de la conveniencia de excarcelar al Dottore Renato Curzio, capo de las BR. Hay grave escándalo en Italia con la decisión de Cossiga de conceder gracia a Curzio, que lleva un montón de años en prisión.

El jefe del Estado no dejó entrar en su despacho ni a periodistas, ni a fotógrafos, ni a cámaras de televisión. Pero al terminar la reunión, que duró más de una hora, hizo las declaraciones que escuché en el taxi: "Soy todavía el Cossiga de los años de plomo, el Cossiga con K, como ustedes escribían, el que fue ministro del Interior y presidente del Consejo, el que ordenó medidas especiales y leyes de emergencia contra los asesinos; soy el que ustedes llamaban nazi. Pero ahora ha llegado el momento del indulto."

Cossiga tiene prisa: quiere irse hoy mismo a Albania para hablar con Ramiz Alia sobre la invasión de albaneses que ha sufrido Italia, y volar luego a Bari para darle un tirón de orejas al alcalde, que criticó la actuación del Gobierno en este feo asunto: Italia va a repatriar a estos miles de personas confinadas en el estadio y en los tinglados del puerto. El blanquecino y sudoroso taxista dice:

"Quest presidente è buon, sa signor? Buon e brav..."

Estos milaneses se tragan las vocales finales con tremenda alegría: parece que hablen en catalán. Por la radio nos llegó la voz de Matilde Palma, viuda del juez Riccardo Palma, asesinado por las BR en febrero de 1978: "Teníamos que haber puesto a todos estos criminales contra el paredón..."

"¡Porc miser, la donn è pazz!"

Llegamos al 17 del Vilale Pieve. Allí me esperaban Miriam y Howard, que me acompañarán mañana por la tarde a Florencia, y luego a Turín: tres noches y cuatro días escasos en Italia, una barbaridad, pero ya estoy acostumbrado a meneos como éste y, además, tengo prisa. Miriam

Sumbulovich es una inteligente y hermosa sefardita barcelonesa a la que conocí cuando ella tenía menos de veinte años. Fue el asombro de la intelligentsia antifranquista catalana de aquella época: la mejor en su curso en la Facultad de Filosofía y Letras y también en la Escuela de Periodismo. Luego se casó con un judío milanés muy rico y mucho mayor que ella, que iba a verla cada semana a Barcelona desde Milán, de viernes por la tarde a domingo por la tarde, en su avión particular. El matrimonio, incomprensiblemente, duró po-

— "Soy todavía el Cossiga de los 'años de plomo', el que ustedes llamaban nazi"

co, pues por aquellos años las muchachas bonitas cometían locuras, como la de separarse de sus maridos millonarios, cosa injustificable entonces y ahora.

Miriam es hoy día la mejor traductora del castellano al italiano: con decirles que ha traducido a Borges, a Alejo Carpentier, a Juan García Hortelano, a Manolo Vázquez Montalbán o a mí mismo, ya pueden ustedes hacerse una idea. En la casa de Miriam se trabaja duro: ella y su definitivo marido, Howard, tienen un merecidísimo prestigio como traductores y ensayistas.

Howard es inglés, por supuesto, y gusta del Chianti, pero con moderación. Miriam es gattaia, y sus niños están gordos y lucientes como senadores demócrata-cristianos.

Me ducho siete veces. ¡Ah, el calor implacable! Perfumado como una zorra, con batín de seda y con, en o de zapatillas, me hundo en un sillón ante el televisor. Ahí está otra vez Cossiga, hermoso como un tribuno de la plebe. Acaba de llegar a Albania en su avión Falcon 900, saluda al jefe del Estado albanés, Ramiz Alia, y al jefe del Gobierno, un tal Bufi: dos comunizionazos convertidos en demócratas a causa de sus particulares condiciones objetivas. Cossiga viaja acompañado por su ministra de Emigración, Margherita Boniver, y por el subsecretario de Asuntos Exteriores, Claudio Vitalone. No hay guardia de honor esperándole en el aeropuerto de Tirana: su retraso de casi dos horas, motivado por la reunión con los representantes de los familiares de las víctimas de las Brigadas Rojas, ha soliviantado a los 22 soldados albaneses que, hartos de aguantar el formidable sol de mediodía, han vuelto a sus cuarteles, y el protocolo, a tomar por eso.

Vuelve a hablar Cossiga: "Venimos aquí como hermanos. Esta misma mañana tomé tal decisión. Los albaneses que han llegado a Bari por millares, están en el estadio, sí, pero no han sufrido daño físico alguno. Nuestro estadio no se parece en nada al de Santiago de Chile después del golpe de Pinochet. Pero deben regresar aquí, a su hermosa patria, a este país de las águilas..." Luego se mete en una limousine negra, con Alia a su lado. Detrás se forma un cortejo con los treinta últimos automóviles que quedan en Albania. Tirana está engalanada, hay mucha gente mirando, pero nadie aplaude, seguramente porque no tienen fuerza para hacerlo.

Termino mi segunda cerveza, sin alcohol, como los hombres. Miriam y Howard me miran sin decir nada. Enciendo un toscano y suspiro profundamente. La vida es dura, pienso, pero Milán es bella, pese al calor luciferino que la envuelve. Si no hubiera sido por la perfidia de Francia y por el insensato Tratado de Utrecht, esta joya del Milanesado aún sería nuestra, y estaría tan jodida como Orense. De buena nos hemos librado.

Ahora sale el polaco Wojtila, soliviantando grandemente a los desgraciados croatas. Apago el televisor: no soporto las bromas macabras. Lo de Croacia puede terminar peor que el rosario de la aurora.

Cossiga tiene prisa: quiere irse hoy mismo a Albania para hablar con Ramiz Alia sobre la invasión de los albaneses.



REUTER